

que estando acostumbrado á pelear cuando le parecia, y no cuando lo deseaba su enemigo, ya le iria á buscar cuando lo juzgase necesario.

Sin embargo á los dos dias despues, ó por no excitar murmuraciones en su propio campo ó por estar ya maduro el plan que proyectaba, salió con su ejército de las trincheras y se puso en tren de aceptar la batalla, de que estaba tan impaciente su enemigo. Confió la vanguardia al marqués de Renty, quien la dispuso en línea de combate sobre las crestas de unas lomas que separaban los dos campos. A retaguardia, y cubierto por esta línea avanzada, formó su cuerpo de ejército mandado por el duque de Mayena. La retaguardia quedó á cargo de Valentin Pardieu señor de la Motte, gobernador de Gravelinas. Estaba la mayor parte de la artillería con el cuerpo del ejército; el resto con la retaguardia. Los enemigos por su parte al ver estas disposiciones salieron impacientes de venir á las manos con los de Farnesio. Cuando pensaban todos en que iba á empeñarse un conflicto general, dijo el duque de Parma al de Mayena: «no es este nuestro campo de combate: á otro punto debemos dirigirnos para levantar el sitio de París.» Diciendo estas palabras dió órdenes para que sin perder momento desfilase por su flanco izquierdo el cuerpo de Mayena, movimiento que se ejecutó sin ningun inconveniente, hallándose cubierto con las tropas de vanguardia.

Era el plan de Alejandro caer precipitadamente sobre la plaza fuerte de Lagny, situada sobre la orilla izquierda del Marne, guarnecida por tropas de Enrique y provista de numerosos almacenes. Como impedía esta plaza las comunicaciones de París por dicho rio, en su rápida expugnacion vió Alejandro el medio mas seguro y expedito de levantar aquel bloqueo. Como él se hallaba en la orilla derecha, tenia la plaza en frente, mas el Marne no corre muy ancho por aquella parte, y además no le era muy difícil dominar las dos orillas. Lo

esencial era llegar allá con rapidez, ocultando cuanto era posible el movimiento, y dejar á retaguardia algun cuerpo que detuviese al rey, si este trataba de seguirle los alcances. Consiguió lo primero no moviendo su vanguardia; y para lo segundo le sirvió su misma retaguardia, que desfiló en seguida el grueso del ejército y se colocó de observacion en una altura antes de llegar á dicha plaza. Se pasó en efecto todo aquel dia sin que Enrique tuviese noticia exacta del movimiento de Alejandro. Atribuyó al principio su aparente inaccion á una simple negativa de batalla. Aun cuando le informaron de su direccion á Lagny, le pareció muy difícil que se atreviesen á emprender la expugnacion de una plaza fuerte de la que le separaba el Marne. Era necesario sin embargo tomar algun partido; elegir el mejor no era muy fácil. Marchar tras de Alejandro, era descubrir á París por el lado que su campo ocupaba: permanecer en inaccion le exponia á mas inconvenientes. Adoptó, pues, el medio de destacar un cuerpo que siguiese los alcances á Alejandro, y observase bien sus movimientos. Se movió este cuerpo ya algo tarde, y como se encontró además con el que Alejandro habia dejado á retaguardia, no pudo impedir al duque que se apoderase con rapidez de los arrabales de Lagny situados en la orilla derecha, es decir en la suya, y se fortificase en ellos con seguridad contra todo ataque. Aquella noche se incorporó con el duque el marqués de Renty con su vanguardia, y además el señor de la Motte con la retaguardia. Reunido todo el ejército en dichos arrabales, no se pensó en otra cosa que en los medios de pasar el rio para emprender cuanto mas antes el ataque de la plaza. La casualidad le deparó unas barcas cargadas de heno que bajaban el Marne, un poco mas arriba de Lagny, ignorando tal vez la presencia de las fuerzas de Alejandro en la otra orilla, ó confiadas en la proteccion de los fuegos de la plaza. No dudaron los soldados del duque en arrojarse al rio á nado, y embestir las barcas, que vién-

dose atacadas inopinadamente y de un modo tan extraño, no hicieron resistencia. Apoderados de ellas nuestras tropas, dispuso inmediatamente que se cargasen con la artillería necesaria para el sitio.

Mientras tanto se habian acercado á las líneas fuertes destacamentos del ejército de Enrique con un número crecido de caballería, provocando á escaramuzas á los nuestros: mas Alejandro, atento solo á la toma de Lagny, aparentó no hacer caso, y dió las órdenes mas severas para que nadie se apartase del atrincheramiento, dejando á la artillería el cuidado de alejar al enemigo. Todavía no estaba cierto del verdadero plan del duque de Parma, cuando al cabo de los dias de esta aparente inacción vió que se trasladaba su campo á la otra orilla. Entonces trató él de hacer lo mismo; pero temeroso siempre de dejar descubierto á París por la otra parte, se contentó con hacer pasar un cuerpo de mil quinientos hombres á Lagny de refuerzo.

Dispuso Alejandro sus baterías, y procedió al cañoneo de la plaza. Fué el ataque vivo, como convenia á los que no tenian tiempo que perder en su conquista. Se defendia bien la guarnición, y el gobernador Lafin se acreditó de gran soldado. Despues de abierta brecha se procedió al asalto. Fué repelido el primero, mas los de Alejandro volvieron á la carga con nuevo ímpetu, y entraron en el pueblo á viva fuerza. A la victoria se siguió el pillaje, y asimismo la matanza. De la guarnición, quedaron con vida el gobernador y algunos pocos. Dueño Alejandro de la plaza, hizo marchar inmediatamente rio abajo los abundantísimos víveres de que estaba abastecida, que llegaron á París sin el mas pequeño obstáculo. Desde aquel momento salió la capital de su situación desesperada. Habia conseguido Alejandro su grande objeto de levantar el bloqueo sin exponerse al azar de una batalla. Era la misma táctica del duque de Alba, quien solo por movimientos hábilmente combinados y sin venir á las manos habia vencido en dos cam-

pañías al príncipe de Orange. Es la táctica de los grandes capitanes apelar solo á los combates cuando no se les ofrecen otros medios de vencer, único fin de todas las operaciones de la guerra.

Fueron extremadas las demostraciones de regocijo del pueblo de París al verse libres de un sitio tan calamitoso. Se olvidaron en los arrebatos de su entusiasmo las hambres padecidas, la horrorosa mortandad de que fué teatro la capital durante aquella situación de mas de cinco meses. Resonaron en las plazas, en las calles, sobre todo en los templos las alabanzas de Alejandro. Se pronunció su nombre como el de un salvador, no solo de la capital sino de la misma religion católica tan amenazada por aquel rey y sus legiones calvinistas. Se presentaron en su campo solemnes diputaciones de la municipalidad del Consejo de la Union y otras corporaciones que venian á felicitarle, á ofrecerle cuanto le pudiera ser de útil y agradable. Era un nuevo lauro y la verdadera corona de todos cuantos hasta entonces Farnesio habia alcanzado. Hablamos de él como de un capitán, sin que se mezclen por ahora en este elogio consideraciones políticas de ninguna especie.

En cuanto á Enrique, se encontraba en una situación desagradable: defraudado de sus halagüeñas esperanzas de hacerse dueño de París, vencido en estrategia por su rival, sin haber encontrado ocasion de lucir su valentía, y sobre todo sin recursos pecuniarios con que atender á la subsistencia del ejército que le seguía, y que en la toma de París pensaba indemnizarse del atraso de sus pagas. No le quedaba otro recurso que licenciar la mayor parte de su ejército y alejarse con la otra de los muros de París, llevándola adonde las circunstancias se lo aconsejasen. Su primera operacion fué, pues, situarse en san Dionisio, y despues de haber tomado disposiciones para organizar las pequeñas fuerzas que le restaban, se movió con ellas camino de la Normandía.

Mientras tanto entraban en París el duque de Ma-

yena y demas jefes de la liga que militaban en su ejército. En los movimientos políticos á que dió lugar el cambio de la situacion de la liga con motivo del levantamiento del sitio de París, no entramos por ahora. Contrayéndonos á seguir los movimientos de Farnesio, muy pronto volvió á reunirse este general con el duque de Mayena. Fué la primera operacion de las tropas combinadas poner sitio á Corbeil, punto entonces fuerte sobre el Sena á cinco leguas de París, donde Enrique habia dejado una guarnicion muy respetable. Sufrió en efecto Corbeil un sitio formal que duró bastantes dias, no sin choques violentos y efusion de sangre por una y otra parte. Al fin pudo mas el número y la constancia de los sitiadores animados de la emulacion del espíritu de pais, pues se hallaban delante de los muros de aquella pequeña fortaleza soldados de todas naciones.

Con el levantamiento del sitio de París parecia concluida y lo estaba en efecto la mision que habia encargado al duque de Parma el rey de España. Asi lo pensó al menos Alejandro, á quien las enfermedades de su campo, la proximidad de la mala estacion, y sobre todo el estado de los negocios de Flandes daban alas para dejar cuanto antes el territorio de la Francia. Por otra parte no estaba satisfecho de los jefes de la liga, asi como el duque de Mayena y demas jefes de su parcialidad alimentaban recelos y desconfianzas contra un auxiliar tan poderoso. Cualquiera que reflexione sobre los verdaderos motivos de la union que existia entre Felipe II y los jefes de la santa liga, concebirá la poca buena fé que debia de reinar entre unos y otros. Querian los segundos un mero auxiliar que los librase de las garras del rey de Navarra: aspiraba Felipe II á utilizar en favor suyo unos servicios que le empeñaban en tantos gastos y le costaban tantos sacrificios. Tan resuelto como estaba á tenderles una mano protectora cuando les veia en un grave apuro, como sucedió en el sitio de París, tan remiso se mostraba en auxiliarlos tanto, que los pusiese en el estado de no necesitarle.

Igual politica y en diferentes sentidos desplegaron los de la santa liga con el rey de España.

Tentó un poco el vado el duque de Parma proponiendo al de Mayena que se quedase de guarnicion en Corbeil, con españoles é italianos de su ejército. Rechazaron la proposicion los jefes de la liga como depresiva para su independenciam, aunque no dieron al duque de Parma una respuesta que pudiese ofender mucho su amor propio. Sin dar señal alguna de resentimiento les anunció Alejandro su determinacion de restituirse á los Países-Bajos, donde los negocios de la guerra reclamaban imperiosamente su presencia. Cogió al duque de Mayena de sorpresa la determinacion del duque de Parma; y como realmente necesitaba su cooperacion para acabar con la faccion del de Navarra, le rogó mucho en nombre de los jefes permaneciese mas en su compañía hasta que tuviese el gusto de coronar una empresa tan gloriosamente comenzada. Mas Alejandro se mostró inflexible manifestando que habia recibido de su rey órdenes expresas para ello. Tomó en efecto sus disposiciones para ponerse en retirada, y despues de dejar cinco mil hombres como cuerpo auxiliar á los jefes de la liga, emprendió el movimiento con el resto de sus fuerzas, algo disminuidas por las operaciones anteriores, y en no muy buen estado por las enfermedades que cundian por el campo.

No tomó el duque de Parma en su regreso á los Países-Bajos el mismo camino que le habia traído á las puertas de la capital de Francia. Se encaminó por la derecha para penetrar por la parte meridional de la Champagna, donde podia encontrar mas víveres y recursos que en la otra. Emprendió con la misma lentitud y precauciones militares que la primera vez, temiendo ser atacado por las fuerzas del rey, mandadas por este príncipe en persona, ansioso de un desquite por el desaire tan cruel que acababa de sufrir por parte del de Parma. Formó éste cuatro columnas de marcha que se protegían mutuamente, dejando los flancos y la retaguardia bien cubiertos por la

caballería que recorría el campo y aseguraba los caminos. Todas las noches acampaban las tropas de Alejandro en un terreno atrincherado. Con estas precauciones burló los designios de su rival, que en muchas ocasiones trató de caer de repente sobre su retaguardia y sus costados, teniendo que desistir por la actitud que tomaban en cualquier amago de ataque las columnas de Alejandro. En un encuentro sério que se verificó á los seis dias de marcha fué repelido el rey con grande pérdida, debiendo su salvacion personal á la velocidad de su caballo. De este modo sin batallar primero, sin perder gente despues en su retirada, gracias á lo lento y atinado de su movimiento, volvió el duque de Parma victorioso á los Países-Bajos despues de cinco meses de campaña.

CAPITULO LXVII.

Llegada del duque de Parma á los Países-Bajos.--Situacion.--Progresos del príncipe Mauricio.--Negocios de Francia.--Manda el rey de España al duque de Parma que vuelva á Francia á levantar el sitio de Ruan.--Entra.--El rey de Francia sale en busca de Farnesio.--Escaramuzas.--Levanta el sitio de Ruan.--Entra Farnesio en la plaza.--Sitia la de Caudebec.--Es herido.--Toma de la plaza.--Apuros de su situacion hallándose como encerrado por el rey de Francia.--Atraviesa con su ejército el Sena.--Vuelve á los Países-Bajos.--Orden de volver á Francia.--Sale de Bruselas.--Llega á Arras.--Su muerte.--Su caracter (1.)

1591—1592.

SE halló el duque de Parma á su regreso en Flandes con la misma situacion que habia previsto cuando tuvo que dejar este pais por las órdenes del rey de España. No era fácil el que un jefe de su capacidad fuese dignamente reemplazado, pues aunque el conde de Mansfeld alcanzaba buena reputacion como militar valiente y ex-

(1) Las mismas autoridades.

perimentado, estaba muy lejos de llegar á la altura de Alejandro. Se habian puesto en mal estado los asuntos militares de aquel pais, y el príncipe Mauricio se habia sabido hábilmente aprovechar de la ausencia de un adversario tan temible. Crecía el príncipe en pericia militar y en las demas cualidades que constituyen un hombre de estado, un jefe de partido. Se dice que estudiaba como un modelo al mismo duque de Parma, imitándole en todo lo posible. Si esto es así, se puede decir que el discípulo se mostraba digno del maestro. Como quiera que esto sea, se mostró Mauricio el hombre principal y el de mas prestigio entre todos los confederados en los Países-Bajos. No solo era jefe de las provincias que mandaba su padre, sino que en las demas ejercia igual preponderancia. Salió pues Mauricio á campaña primero que Alejandro regresase. Antes que pasemos á su relacion, diremos que se reducian las tropas que éste habia dejado para su defensa á dos tercios italianos y dos alemanes, fuera de algunas compañías sueltas borgoñonas, flamencas é irlandesas; ademas se podian contar como unos mil y quinientos hombres de á caballo que estaban al cargo del marqués del Vasto. Otros dos tercios mas habian quedado en los Países-Bajos; mas el uno de ellos, llamado de Manrique, del nombre de su maestre de campo, se habia sublevado, y otro, de Manuel de Vega, acababa de hacerlo poco antes de la vuelta de Alejandro á Flandes. A estos disgustos del general español, se añadia la mortificacion de saber que sus enemigos en la corte de Madrid trataban de indisponerle con el rey, acusándole de demasiada parcialidad hácia los italianos en perjuicio de los españoles que desatendia, y cuyas sediciones eran efecto de esta negligencia. Poco se necesitaba para mover el ánimo de Felipe II, tan propenso á la suspicacia, á quien nunca acertaba á complacer del todo ninguno de sus servidores.

La repugnancia que habia mostrado en cumplir sus órdenes de pasar á Francia y la claridad con que le